[100
C144h] 22 febrero 79

PQ7389
C24
H5
1898

FSRM

4390

Imprenta de la Casa Editorial Maucci.—Barcelona

Historia de un Muerto

PRIMERA PARTE

El cuerpo

I

El árbol

El lector conoce sin duda el fecundo itinerario que la amena literatura recorre hoy al pasearse por el campo científico. Quitando á la adusta ciencia un tanto de su austeridad, Parville, Eyraud, Verneuil, Biart, el ingenioso Julio Verne y otros, han entreabierto al vulgo las puertas de un santuario que antes le fué vedado, no tanto por su incuria como por la repelente aridez que le atribuía.

No entendemos que sea extrictamente contemporáneo ese género literario que aplica las bellas letras á la difusión de los conocimientos, y Voltaire con su *Micromegas*, Barthelemy en sus *Viajes de Anacharsis*, Davy en *Viaje á Sa-*

turno, Aquiles Eyraud en *Viaje á Venus*, Cyrano de Bergerac en *Viaje á la luna*, Hans Pfaal, Swedenborg, Fontenelle, Coffin Bony, Poe, y otros muchos ratificarían nuestra aserción. Además ¿no han sido verdaderos poetas de la ciencia, no han hecho amena la didáctica uniendo lo útil á lo dulce, Figuier, Helmholts, Huxley, Flamarión, Bois-Reymond, Simonin, etc? En sus obras, si no aparecen las galas y ficciones de la poesía, queda la ciencia en su manifestación más simpática, sin la aridez de los libros puramente didácticos: en ellos no es ya Momo abriendo el templo de Minerva, es la misma Minerva que se torna amable, dejando los severos claustros y alcázares para venir á alternar con el pueblo.

Verne innovador y original, aunque no inventor, nos da una bella lección de Astronomía en su *Alrededor de la luna* y en su *Vuelta al mundo*, de Geografía en *Los hijos del capitán Grant*, y de Geología en su *Viaje al centro de la Tierra;* nos dice cuanto se sabe de Africa en *Cinco semanas en globo*, y cuanto del seno de los mares en *Veinte mil leguas de un viaje submarino*, nos divierte é instruye en *Desierto de hielo*, aunque nos cansa en su *Ciudad oxigenada*, pues para ese efecto del oxígeno bastaba el oportuno episodio que ocurre en el proyectil que iba *De la tierra á la luna*.

Coetáneos ó posteriores á Verne y á Reid, nos han deleitado, y los recomendamos á los que busquen divertimiento y provecho, *Historia de un pedazo de cristal* y *Misterios de una bujía*, interesantes trabajos físico químicos, *Aventuras de un átomo de carbono*, más severo en su estilo, pero no menos instructivo; *Un habitante del planeta Marte*, *Historia de una momia*, *Paseo científico por el Océano*, y otras de más ó menos trascendencia que con delectación hemos recorrido.

¿Respondía ese nuevo género literario á alguna necesidad? ¿puede la novela ser palanca científica? No discutiremos ese punto: sabemos, y esto nos basta, que escritas

muchas de esas obras conforme á los últimos adelantos, han contribuído á difundir la ciencia desarrollando el gusto por la lectura útil, y si es notorio cuanto perjudicarían al estudiante incauto, que por espaciarse en esas genialidades abandonara lo sólido y profundo, no lo es menos que han despertado el amor á las verdades científicas entre personas que sólo gustarían de ellas cuando engalanadas con las flores del estilo humorístico. Hoy vemos que saben admirar las conquistas modernas quienes ayer sólo se deleitaban con Dumas ó Paul de Kock, ó quienes engolfados en la política, creían malgastado el tiempo que no consumían en disquisiciones á veces estériles sobre la marcha y porvenir de las naciones.

Aún los que piensan que la misión exclusiva del novelador es dar esparcimiento al ánimo, deben respetar la novela histórica de Scot, la social de Sué, la científica de Verne, y cuantas, porque en algo contribuyen á hacernos mejores de lo que somos, valen mil veces más que las exageradas invenciones de Ana Radcliffe, Mme. Cotin, d'Arlincourt, y tantos otros que deleitan el espíritu, pero nada dejan al entendimiento. ¡Cuántos por reir con las ocurrencias de Miguel Ardent, ó con las distracciones de Paganel aprendieron algunas leyes de mecánica celeste, ú ornaron su mente con nociones de Geografía!

Demos, pues, por sentado que si no tan útil la lectura de esas obras, como la más sólida pero más árida de las didácticas, siempre vale más el esparcimiento por ellas ofrecido que el que dar pueden los libros exclusivamente amenos. La moral de un pueblo depende de la calidad de los libros que lee.

Ahora bien, entre las obras que últimamente se han dado á luz para popularizar conocimientos útiles, hemos echado una de menos: *La historia del hombre después de la muerte.*

La religión pretende decirnos á donde va el alma; la química, hasta donde puede, nos revela en su árido len-

guaje lo que se hace de la materia; el asunto es digno de pluma más idónea, y por eso nos sorprende que antes no se haya tratado de vulgarizarlo. ¡Cómo! Se nos describe en estilo humorístico todas las fases del cristal, los viajes del carbono, las evoluciones del oxígeno, y nada se nos dice de las innúmeras combinaciones y transformaciones á que se someten los componentes del cadáver humano? ¿Nada de las incontables transformaciones de estos simples que existiendo desde el principio de las edades, se unieron temporalmente y se combinaron por orden providencial para constituir por pocos años un cuerpo animal? ¿No se prestan también á fantasías esos misterios sublimes de la Naturaleza, que combinando aquí dos gases nos da el agua que tiene sus determinadas propiedades, y mezclando otros nos da el aire con sus determinadas propiedades, y uniendo otros dos cuerpos nos ofrece la sal, la sosa ó la potasa, la luz, y confundiendo éstos á otros en distintas proporciones nos crea un sér viviente, y con mayores ó más armónicos elementos llega al compuesto humano ó al sér racional?

Nada puede brindar más campo á la meditación que el acto de seguir á la materia en sus múltiples manifestaciones, cuando la abandona el espíritu vital, y ver esos complicados organismos, aquí dividirse, allá dilatarse, huirse, mezclarse en caprichosas formas, y esto á veces sin salir del pequeño centro que sirvió de morada temporal á un alma.

Pensar que el polvo de Alejandro ó de César puede servir de tarugo á un barril, como dijo Hamlet, considerar que este carbono que ahora constituye parte de mi organismo, lo fué antes de otros seres semejantes, y que el fósforo que ahora pongo en ignición para encender una bujía estuvo, acaso, en huesos ó en el cerebro de alguno de mis antepasados, y aún quizá en los míos propios, pensar en esa serie de fenómenos acaecidos en ese individuo que se fué, pero permanece, y en esas generaciones que

pasan pero persisten, y en esa humanidad que se va pero que vuelve, es cosa que debía inspirar filosóficas reflexiones tanto al festivo Verne como al severo Thenard.

La química, ciencia poco amable para poetas, porque deja lo superficial por lo profundo, porque no contempla sino analiza, ha venido á probarnos que en el hombre nada hay mortal, pues no es la materia, y que el estudio de su mecanismo es edificante en tanto que abre el ánimo á la admiración de recónditas maravillas en la obra más grandiosa de la creación, el cuerpo humano.

Es verdad que un hombre que muere, átomo perdido en el vasto océano de la humanidad, no es más que una hoja que cae, una gota que se evapora sin hacer falta aparente en la armonía universal; pero la ciencia nos prueba que relativamente nada hay grande ni pequeño, porque para lo primero hay siempre algo mayor que lo aminore, y lo pequeño tiene siempre debajo un mundo menor que lo engrandece. Así en el conjunto humano, cada hombre, sol de su familia, es grande para sus satélites, y no es más pequeño relativamente ante los superiores de su especie. Grandes, inmensos fueron esos soles de la humanidad, que se llamaron Esquilo, Pitagoras, Confucio, Sócrates, Copérnico, Jesús, Mahoma, Galileo, Washington, Garibaldi; mas preguntad á la hija si antepone alguno de ellos al hombre obscuro que es su padre.

El hombre, pues, grande en su pequeñez, fué siempre dignísimo campo de estudio, tanto en su sér moral como en su sér material, y quien quiera comprender toda la importancia que puede tener su cadáver, que lo compare con el de un árbol, que lo ponga en parangón con uno de esos séres «tejidos de aire por la luz» como dijo el fisiólogo alemán Moleschot. ¿Qué es el hombre en su sér material sino una planta mejor dotada, un conjunto de simples y compuestos en que flota un espíritu y germina la idea? Como el hombre, la planta tiene sus estados patológicos y

de salud, sus períodos de vida y de sueño y su fin por la muerte.

Yo no puedo detenerme ante el cadáver de un árbol sin pensar en la série de fenómenos que prepararon su actual estado, y sin recordar los cambios que sin descanso se sucedieron en ese vasto laboratorio, la Naturaleza, de donde tomaba, como el hombre, sus elementos de vida. En él he visto un sér que, como todos, vino á desempeñar su parte en la economía del Universo; nutriéndose de substancias inorgánicas, estableció una relación íntima entre los reinos mineral y vegetal, como luego sirviendo de alimento se relacionó con el reino animal, probando que éste no puede existir sin aquél, pues sólo aquél posee la facultad de producir elementos orgánicos de las materias inorgánicas, es decir, combinaciones ternarias y cuaternarias. En diminuta semilla se encerró gérmen fecundo: los agentes aire, calor, luz, humedad en armónico consorcio dieron fuerza al embrión para romper los tegumentos que lo aprisionaban; por especial afinidad, ó á impulsos del misterioso soplo que imprimió rotación á los astros, se asimiló las substancias que lo rodeaban, luchó por la vida y creció y embelleció la campiña con sus flores, y purificó la atmósfera con sus hojas, y la temperó con su sombra y trasustanció estiércoles en aromas y mieles, y condensó vapores para promover las lluvias. Ahí hubo raices que circulaban por la tierra, atrayendo las substancias simpáticas, que luego acaso por la sola presencia de otras, ó como dicen los químicos, por acción catalítica, se tornaron en diastasa, dextrina ó fécula, glucosa ó azúcar: ahí hubo hojas que por sus poros ó estómatas respiraban silenciosamente el aire, absorbían el carbónico y devolvían el oxígeno, equilibrando con tal mecanismo por millón y medio de metros cúbicos de este gas que la especie animal consume por minuto: ahí hubo flores á cuya ovario el viento condujo el fecundante polen que debía dar fruto y semilla para perpetuar la especie; ahí fungían simples ó compuestos con las propiedades que les fueron inherentes desde abinicio; ahí el agua, el amoníaco, potasa, sosa, cal, magnesia, hierro, cloro, los ácidos carbónico, fosfórico, sulfúrico, silícico, luchaban, se unían, se combinaban, se disolvían, y circuló la savia por sus venas como la sangre por las nuestras. Diríase que en ese organismo, en que Thales de Mileto suponía un alma imperfecta, y que arrebataba el espíritu de Linneo «hasta el estupor de la admiración,» sólo faltaba un grito para los dolores y una risa para los placeres.

Y envejeció y feneció, es decir, llegó la hora en que debilitada su fuerza asimiladora, que era su vida, se volatilizaron los unos fluidos, buscaron más simpàticas uniones los otros, y la parte sólida guardando algún tiempo su forma, luego fué á aumentar la costra vegetal; porque esta capa que el vulgo denomina de masa, no es más que el resíduo de los séres orgánicos que vivieron antes que nosotros.

¿Cuántos siglos, se pregunta uno, empleó la Providencia, que no necesita contar el tiempo para sus obras, en pasar de los primeros rudimentos de plantas, desde los líquenes, musgos y helechos arborescentes que iniciaron la vegetación, hasta ese colosal eucaliptos de Australia y ese baobah, gigante de los bosques africanos? ¿Cuántos para prepararnos esa capa vegetal sobre la cual vivimos y de la cual nos sustentamos? Muchos... pero quizá menos de los que concede á los pólipos de Oceanía para levantar en el fondo de los mares prominencias que han de convertirse en cayos, y más tarde en islas hablitables.

He aquí pues la sencilla historia de uno de esos séres sin los cuales la vida animal fuera imposible, y por eso nos precedieron en las edades geológicas; con más detenimiento la Botánica nos diría su vida, la Física sus fenómenos, la industria sus productos, las artes, la navegación, la pintura sus múltiples aplicaciones... Extenso, variado, fecundo, riquísimo argumento el cadáver de un árbol.

¿Qué será, pues, el de la criatura humana?